

RESSENYES

ARNTZEN, Sven; BRADY, Emily (eds.) (2008)
Humans in the land. The ethics and aesthetics of the cultural landscape
 Oslo: Oslo Academic Press

El concepto de «paisaje cultural» fue acuñado por el geógrafo alemán Friedrich Ratzel en 1895 para designar los territorios modificados por el ser humano, y diferenciarlos de la naturaleza virgen. Un paisaje cultural sería, pues, resultado del encuentro entre naturaleza y cultura, y por ello, tan sólo es posible comprenderlo mediante el trabajo conjunto de las ciencias naturales y humanas. La mirada filosófica se revela como uno de los enfoques necesarios, y eso es lo que nos ofrece el volumen que aquí presentamos, aunque sin descuidar el imprescindible diálogo con el resto de disciplinas.

El conjunto de análisis filosóficos sobre el paisaje cultural reunidos por Sven Arntzen y Emily Brady no son una mera recopilación de textos diversos, como desgraciadamente sucede a veces con los libros colectivos. Bien al contrario, las afinidades entre todos ellos revelan un intenso diálogo de fondo y unas intuiciones compartidas. Así, en la lectura, aunque se van sucediendo distintas voces con sus inquietudes e intereses particulares, el lector no deja de percibir un mismo bajo continuo. Uno de los elementos comunes a los diferentes artículos es que realizan sus reflexiones sobre el paisaje cultu-

ral combinando tres tipos de enfoque. En primer lugar, ofrecen análisis filosóficos del concepto de paisaje cultural. En segundo lugar, presentan estudios de tipo valorativo y normativo que examinan las diferentes maneras en que los seres humanos habitan un territorio y lo transforman, con la intención de distinguir los mejores paisajes en un sentido ético y estético. Y en tercer lugar, analizan el papel del paisaje cultural en la vida humana; su influencia en la conformación de identidades individuales y colectivas, y el modo como está presente en la construcción de la historia y la cultura.

En el primer artículo, John O'Neill nos recuerda que la ética y la estética de la naturaleza se han centrado tradicionalmente en la naturaleza salvaje, concebida como el ideal, y han dejado en un segundo plano el paisaje cultural. O'Neill emprende entonces un análisis crítico del concepto de naturaleza salvaje, y denuncia que muchos de los paisajes que desde Europa se han idealizado como vírgenes, por ejemplo en el caso de América, estaban en realidad habitados desde hacía milenios por poblaciones indígenas que los habían modificado a su modo, aunque de maneras más respetuosas y menos

destructoras que los europeos. Y denuncia asimismo que en esa confusión hubo un uso político del concepto de naturaleza salvaje para justificar la apropiación de esos territorios por parte de los colonizadores, tal como se encuentra de manera paradigmática en la obra de John Locke. O'Neill reclama volver a estudiar esos paisajes en tanto que paisajes culturales que poseen una larga historia, y analizar las relaciones que en ellos tenían lugar entre naturaleza y cultura. Asimismo, defiende que para construir una filosofía ecologista sólida resulta prioritario analizar los territorios poblados, y reflexionar sobre cuáles son las mejores formas de habitar la tierra.

En el segundo artículo, Sven Arntzen defiende la idea de que un paisaje cultural no es meramente un territorio transformado de manera física y visible por los seres humanos, sino sobre todo un entorno al que conferimos significados, y que afecta a la identidad individual y colectiva de las personas que lo habitan o visitan. Así, un paisaje no es sólo lo que se percibe, sino también una serie de elementos inmateriales, de ideas, creencias, sentimientos y memorias, que las personas articulan en historias que se narran de forma compartida. Por tanto, cuando se toman decisiones acerca de la gestión y el futuro de los paisajes, no se trata sólo de cuidar la dimensión física, sino también la inmaterial. Para conservar un paisaje hay que tener en cuenta la manera en que su población lo percibe, lo interpreta, le da nombres o narra historias que en él se desarrollan; cómo la identidad de sus pobladores se ancla en ese lugar y se transforma con él.

Los dos artículos siguientes parten de estas ideas para centrarse en reflexiones de tipo moral. Finn Arler asume que un paisaje influye en la identidad de sus habitantes, y por ello defiende que las decisiones acerca de su gestión no pueden dejarse en manos de «expertos», sino que deben implicar a la comunidad que lo habita. Arler se

pregunta cómo se pueden gestionar los paisajes desde valores de participación y democracia, y responde a esa cuestión enfatizando los procesos de deliberación pública. La participación de la comunidad no puede traducirse en meras encuestas, sino que debe construirse mediante discusiones en foros públicos, donde las mejores ideas se impongan por la fuerza de los argumentos. Por su parte, Clare Palmer examina la consigna ecologista de «cuidar la tierra», y advierte de la pluralidad de significados que incluye, por lo cual reclama prudencia en su uso. A modo de ejemplo, estudia el sentido de esa expresión en la obra de A. Wainwright, popular autor de guías del paisaje británico.

Siguen entonces tres estudios del paisaje agrícola. En el primero de ellos, Emily Brady analiza la agricultura como una relación dialéctica entre la naturaleza y los seres humanos que, aunque de manera normalmente no intencionada, puede generar paisajes de alto valor estético. Pero Brady afirma que, para analizar el paisaje agrícola, no hay que tener en cuenta únicamente valores estéticos, sino también éticos, ecológicos, e incluso históricos y políticos. Teniendo en cuenta todos estos aspectos, compara paisajes agrícolas tradicionales e industriales, y reivindica algunos valores de la agricultura tradicional que se están perdiendo.

En el segundo, John Benson se pregunta por qué habría que preservar el paisaje rural inglés tradicional, y examina tanto razones estéticas como utilitarias. Benson afirma que no se lo puede apreciar realmente sin entender la historia de ese paisaje y la cultura de la que forma parte, las relaciones sociales y económicas que implica, así como las consecuencias éticas y ecológicas. Benson es muy crítico con la imagen idealizada de la vida y el paisaje rural, y los intentos de preservarlos por razones turísticas, denunciando que se está convirtiendo a algunos granjeros en curadores de museos al aire libre para entretenimiento de los urbanitas.

Y en el tercero, Pauline von Bonsdorff afirma que para apreciar el paisaje agrícola lo más importante no son las imágenes, sino las narraciones. Se trata de comprender el drama que tiene lugar entre una diversidad de personajes: los humanos, los animales y las plantas, cuyas identidades están densamente imbricadas unas en otras, desde un pasado a veces centenario que debe conservarse como memoria. La autora defiende que la agricultura puede ser una forma de relación positiva entre los humanos y la naturaleza, si se basa más en la simbiosis que en la explotación, y argumenta asimismo que es una vía por la que los seres humanos aprenden a conocer y apreciar la naturaleza y las otras especies. Afirma también que un buen paisaje agrícola acoge una considerable biodiversidad, posee una gran belleza, y es tan valioso como pueda serlo la naturaleza salvaje.

La movilidad es el tema de Kaia Lehari, quien examina, en primer lugar, de qué maneras caminos, carreteras o vías de tren articulan los territorios, y en segundo lugar, cómo estas vías de comunicación nos ofrecen maneras de experimentar los paisajes que recorren. Lehari nos recuerda que la representación tradicional de la naturaleza ofrecía una imagen estática, la pintura de paisaje, que se contemplaba también desde una posición estática, el observador detenido ante el cuadro. Y reivindica que hoy necesitamos una estética capaz de dar cuenta de los modos en que contemplamos los paisajes cuando los recorremos a pie, en coche o en cualquier otro sistema de locomoción; y que entienda también la naturaleza como un conjunto de relaciones en transformación permanente.

Los dos últimos trabajos son análisis de paisajes concretos. En el primero de ellos, Holmes Rolston nos describe el paisaje de las montañas rocosas, realizando, con el magnífico estilo literario que le caracteriza, un encendido elogio de la naturaleza salvaje en lo alto de las montañas, y de la zona de agricultura y gana-

dería extensivas que se encuentra a sus pies. Rolston defiende esos paisajes escasamente poblados, donde la naturaleza está todavía muy presente en la vida de las personas, y deplora los territorios habitados en exceso, cuya naturaleza se halla estrictamente gestionada y diseñada, y ya no le es posible manifestarse con un mínimo de espontaneidad.

Por su parte, en el artículo que cierra el libro, Yuriko Saito reflexiona sobre el modo en que Estados Unidos y Japón han protegido algunos paisajes emblemáticos, como Yosemite y Matsushima, respectivamente. La autora defiende que, en ambos países, el aprecio de esos paisajes singulares surgió en estrecha relación con la construcción de la identidad colectiva y el orgullo patriótico, de modo que fueron convertidos en monumentos nacionales. Y nos invita a contrastar la manera en que los habitantes de ambos países idealizan esos paisajes emblemáticos, al mismo tiempo que desatienden aquellos en los que viven. Saito insiste en que ante la palabra «paisaje» tendemos a imaginar parajes de naturaleza espectacular y exuberante, y no a pensar en los que más conocemos en nuestro día a día; esos paisajes que habitamos pero de los que a menudo no apreciamos sus valores éticos y estéticos. Saito critica también la tendencia generalizada a apreciar la naturaleza desde criterios artísticos, y defiende la necesidad de conocerla y apreciarla como lo que ella misma es.

Todos los artículos que conforman el libro apuntan hacia una misma conclusión. Entender qué es un paisaje cultural, y sobre todo, determinar qué es un buen paisaje en sentido ético y estético, resulta fundamental en estos momentos en que debemos afrontar el gran reto de la crisis ecológica, la extinción masiva de especies y el cambio climático. Hallar las mejores formas de convivencia con la naturaleza debería ser nuestra prioridad absoluta.

Marta Tafalla

Universitat Autònoma de Barcelona